

DE QUE HABLAMOS CUANDO HABLAMOS DE CONFORT

Los expertos dicen que la ecuación básica a resolver cuando de confort se trata es agregar comodidad y eficiencia sin crear un clima frío y mecánico en las habitaciones. O sea: combinar lo funcional y lo decorativo en dosis justas. Ahora bien, la receta para sacar adelante esta ecuación fue diferente según las épocas. Eso explica Witold Rybczynski en este capítulo de su libro "La casa. Historia de una idea", recientemente publicado por Emecé. "El confort no sólo ha cambiado cualitativa sino también cuantitativamente; se ha convertido en un producto de masas. Especialmente a partir de 1920 cuando el confort en la casa dejó de ser el privilegio de una parte de la sociedad y estuvo al alcance de todos", dice Rybczynski. Curiosidades de baños, cocinas y dormitorios.

Confort no es decoración

AQUELLAS CASAS HOLAN

Por Witold Rybczynski

El confort no sólo ha cambiado cualitativa, sino también cuantitativamente: se ha convertido en un producto de masas. A partir de 1920, especialmente en Estados Unidos (algo más tarde en Europa), el confort en la casa dejó de ser el privilegio de una parte de la sociedad y estuvo al alcance de todos. Esa democratización del confort se ha debido a la producción en masa y a la industrialización. Pero esta última ha tenido otros efectos: ha hecho que las cosas hechas a mano sean un lujo (en ese sentido el análisis de Le Corbusier era correcto). También eso nos separa del pasado. Como descubrieron los diseñadores del Art Déco, el recurso exclusivo a la artesanía era caro y significaba una clientela limitadísima. Podemos admirar el despacho Luis XV de la señora Lauder, pero, ¿cuántos pueden permitirse ni siquiera buenas reproducciones y no digamos antigüedades auténticas? Si insistimos en el rococó, hemos de contentarnos con un sucedáneo, una mala imitación que no es muy cómoda ni encantadora. Sólo los ricos o los muy pobres pueden vivir en el pasado. Sólo los primeros lo hacen por su propia decisión. Si uno tiene suficiente dinero —y suficientes criados— lo indicado es una casa de campo georgiana. Pero la realidad de que las casas son pequeñas y de que no hay criados hace que a la mayor parte de la gente le resulte imposible lanzarse a restauraciones en gran escala de ese tipo: ¿quién va a desempolvar todas esas preciosas molduras?, ¿quién va a sacudir las alfombras y a sacar el brillo a los cobres?

Lo que hace falta no es un nuevo examen de los estilos burgueses, sino de las tradiciones burguesas. No debemos contemplar el pasado desde un punto de vista estilístico, sino en relación con la idea misma del confort. Por ejemplo, el interior burgués holandés del siglo XVII tiene mucho que enseñarnos acerca de la vida en espacios pequeños. Sugiere cómo se puede crear un clima de domesticidad acogedora con materiales sencillos, ventanas del tamaño adecuado en el sitio adecuado y muebles empotrados. La forma en que las casas holandesas daban a la calle, la cuidadosa diversidad de tipos de ventanas, la graduación planificada de habitaciones cada vez más privadas y la secuencia de sitios pequeños en qué sentarse son sistemas arquitectónicos que siguen siendo aplicables. Los victorianos se enfrentaban con dispositivos técnicos más innovadores que los nuestros y la facilidad con que incorporaron una tecnología nueva en sus casas sin sacrificar las comodidades tradicionales resulta instructiva. La casa estadounidense de 1900 a 1920 demuestra que se pueden resolver eficazmente las cuestiones de comodidad y eficacia sin crear en absoluto un clima frío ni mecánico.

El someter a un nuevo examen a las tradiciones burguesas significa que las casas se vuelven a planear de forma que brinden más intimidad que el llamado plano abierto, en el cual se permite que el espacio "fluya" desde una habitación hasta la siguiente. Eso produce interiores de gran interés visual, pero tanto interés tiene su precio. El espacio fluye, pero también la vista y el sonido, y es la primera vez desde la Edad Media que las casas ofrecen tan poca intimidad personal a sus habitantes, incluso a las familias pequeñas les resulta difícil vivir en interiores tan diáfanos, especialmente si utilizan la gran diversidad de dispositivos para la diversión casera que se han popularizado: televisores, videos, equipo de audio, juegos electrónicos, etcétera. Lo que hace falta son más habitaciones pequeñas —algunas no necesitan ser mayores que nichos— para adaptarse a la gama y la diversidad de actividades de ocio en la casa moderna.



Esto también significa volver a unos muebles que sean adaptables y confortables, no a sillas que constituyan una manifestación artística, sino a sillas en las cuales resulte agradable sentarse. Eso significa tanto ir hacia adelante como hacia atrás: hacia atrás para recuperar el conocimiento que se tenía de la ergonomía en el siglo XVIII y hacia adelante para idear muebles que se puedan adaptar y modificar conforme a las necesidades de las distintas personas. Significa volver a la idea del mueble como un objeto práctico más bien que estético, como algo duradero, en lugar de una novedad pasajera.

¿ESTAS COMODO?

Otra tradición que se debe volver a examinar es la de la comodidad. En muchas partes de la casa se ha perdido el pragmatismo de las primeras ingenieras domésticas por la insistencia en las apariencias visuales. Lo que predomina es la estética, y no la practicidad. La cocina moderna, en la cual todo está escondido en muebles ingeniosamente diseñados, parece estar bien organizada, como una oficina bancaria. Pero una cocina no funciona como una oficina; en todo caso, se parece más a un taller. Los instrumentos deben estar en lugares e los que sean accesibles, cerca de donde se hace el trabajo y no escondidos bajo mesadas o en aparadores muy profundos en los que es difícil alcanzarlos. La necesidad de diferentes alturas para las superficies de trabajo fue algo que se identificó hace ya mucho tiempo, pero las cocinas siguen teniendo mesadas uniformes, de una altura y una anchura normalizadas, todas acabadas en el mismo material. Este orden y esta uniformidad siguen el dictado moderno que exige que no se amontonen cosas y que haya sencillez visual, pero contribuyen muy poco a mejorar la comodidad en el trabajo.

El pequeño cuarto de baño normalizado (cuya distribución no ha cambiado desde el decenio de 1850) parece eficiente, pero está mal adaptado a la casa moderna. La combinación de bañera y ducha es torpe, los grifos no son especialmente confortables ni seguros, ni siquiera fáciles de limpiar. Por razones funcionales e higiénicas, el retrete estaría mejor separado, como en Europa. Cuando las casas contenían muchas más habitaciones, los cuartos de baño podían ser pequeños. Hoy día el cuarto de baño debe ajustarse a actividades que antes se realizaban en vestidores, cuartos de los niños y tocadores (hay hasta lavarropas en los cuartos de baño). En las casas pequeñas es imposible que el cuarto de baño sea el único totalmente privado, y aunque el baño no sea un ritual en Estados Unidos como lo es en el Japón, desde luego es una forma de descanso y, sin embargo, esta actividad se realiza en una habitación que carece tanto de encanto como de comodidad. También la cocina moderna es demasiado pequeña. Los estudios iniciales de la eficiencia en la cocina se centraban en reducir la cantidad de pasos que había que dar durante la preparación de las comidas. Ello ha tenido por resultado la cocina diminuta, supuestamente eficiente —a menudo sin ventanas— en la que hay pocas superficies de trabajo, pero en la que se puede trabajar casi sin moverse. Si esa disposición ha sido alguna vez cómoda, lo cual es discutible, ya ha superado su utilidad. No hay suficiente espacio para el gran número de aparatos —batidoras, mezcladoras, máquinas de hacer pasta y molinillos de café— que necesita el ama de casa obligada a administrar su tiempo.



Desde el siglo XVII, cuando se introdujo la intimidad en la casa, el papel de la mujer en la definición del confort ha sido supremo. Tanto el interior holandés como el salón rococó y la casa sin criados fueron resultados de invenciones de las mujeres. Cabría aducir, sin exagerar demasiado, que la idea de la domesticidad fue principalmente femenina. También la de la eficiencia. Cuando Lillian Gilbreth y Christine Frederick introdujeron en la casa la gestión y la eficiencia, dieron por hecho que el trabajo lo haría una mujer cuya principal ocupación sería cuidar de su familia. Es posible que la economía doméstica fuera más eficiente, pero las tareas domésticas seguían siendo un trabajo a jornada completa: el lugar de la mujer estaba en la casa. El deseo de las mujeres de trabajar fuera de la casa —y no sólo por razones económicas— ha modificado todo eso. Ello no significa que vaya a desaparecer la domesticidad, aunque sí puede significar que la casa dejará de ser "el lugar de la mujer". La escasez de criados a principios del decenio de 1990 provocó un interés por máquinas que ayudarían al ama de casa y reducirían el tedio de las tareas domésticas; la reducción de la presencia de la mujer en la casa exige máquinas que puedan hacer las tareas por sí solas. Casi todos los aparatos domésticos más recientes, como los lavarropas automáticos, las máquinas para hacer cubitos de hielo, los hornos que se limpian solos y las heladeras que no acumulan hielo, tienen por objetivo sustituir operaciones manuales por operaciones mecánicas autorregulables: todas ellas están parcialmente automatizadas. Esta evolución —de herramientas a máquinas autómatas— es característica de todas las tecnologías, no menos en la casa que en el lugar de trabajo. El secador lleva al escurridor manual y después mecánico, al que sustituye el secador automático. La disponibilidad de microchips baratas hace que vaya llegando el día en que entrará en la casa la automatización total en forma de robots domésticos: sirvientes mecánicos.

Un nuevo examen de la tradición burguesa del confort constituye una crítica implícita de la modernidad, pero no es un rechazo del cambio. De hecho, la evolución del confort va a continuar. De momento, esta evolución está dominada por la tecnología, aunque en menor medida que en el pasado. Ello no tiene por qué deshumanizar la casa, igual que no lo hicieron en el pasado las chimeneas eficaces ni la electricidad. ¿Podemos combinar realmente un ambiente acogedor con la presencia de robots? Eso dependerá del éxito que tengamos en cuanto a deshacernos de los entusiasmos superficiales del modernismo y crear una comprensión más honda y más auténtica del confort doméstico.

EL ANGULO CORRECTO

¿Qué es el confort? Quizás esta pregunta se hubiera debido hacer antes, pero es casi

Confort no es decoración

AQUELLAS CASAS HOLANDESAS

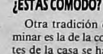
Por Witold Rybczynski

El confort no sólo ha cambiado cualitativa, sino también cuantitativamente: se ha convertido en un producto de masas. A partir de 1920, especialmente en Estados Unidos (algo más tarde en Europa), el confort en la casa dejó de ser el privilegio de una parte de la sociedad y estuvo al alcance de todos. Esa democratización del confort se ha debido a la producción en masa y a la industrialización. Pero esta última ha tenido otros efectos: ha hecho que las cosas hechas a mano sean un lujo (en ese sentido el análisis de Le Corbusier era correcto). También eso nos separa del pasado. Como descubrieron los diseñadores del Art Déco, el recurso exclusivo a la artesanía era caro y significaba una clientela limitadísima. Podemos admirar el despacho Luis XV de la señora Lauder, pero, ¿cuántos pueden permitirse ni siquiera buenas reproducciones y no digamos antigüedades auténticas? Si insistimos en el rococó, hemos de contentarnos con un sucedáneo, una mala imitación que no es muy cómoda ni encantadora. Sólo los ricos o los muy pobres pueden vivir en el pasado. Sólo los primeros lo hacen por su propia decisión. Si uno tiene suficiente dinero —y suficientes criados— lo indicado es una casa de campo georgiana. Pero la realidad de que las casas son pequeñas y de que no hay criados hace que a la mayor parte de la gente le resulte imposible lanzarse a restauraciones en gran escala de ese tipo: ¿quién va a desempolvar todas esas preciosas molduras?, ¿quién va a sacudir las alfombras y a sacar el brillo a los cobres?

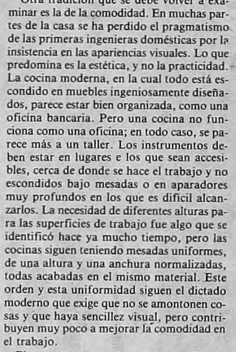
Lo que hace falta no es un nuevo examen de los estilos burgueses, sino de las tradiciones burguesas. No debemos contemplar el pasado desde un punto de vista estilístico, sino en relación con la idea misma del confort. Por ejemplo, el interior burgués holandés del siglo XVII tiene mucho que enseñarnos acerca de la vida en espacios pequeños. Sugiere cómo se puede crear un clima de domesticidad acogedora con materiales sencillos, ventanas del tamaño adecuado en el sitio adecuado y muebles empotrados. La forma en que las casas holandesas daban a la calle, la cuidadosa diversidad de tipos de ventanas, la graduación planificada de habitaciones cada vez más privadas y la secuencia de sitios pequeños en qué sentarse son sistemas arquitectónicos que siguen siendo aplicables. Los victorianos se enfrentaban con dispositivos técnicos más innovadores que los nuestros y la facilidad con que incorporaron una tecnología nueva en sus casas sin sacrificar las comodidades tradicionales resulta instructiva. La casa estadounidense de 1900 a 1920 demuestra que se pueden resolver eficazmente las cuestiones de comodidad y eficacia sin crear en absoluto un clima frío ni mecánico.

El someter a un nuevo examen a las tradiciones burguesas significa que las casas se vuelven a planear de forma que brinden más intimidad que el llamado plano abierto, en el cual se permite que el espacio "fluya" desde una habitación hasta la siguiente. Eso produce interiores de gran interés visual, pero tanto interés tiene su precio. El espacio fluye, pero también la vista y el sonido, y es la primera vez desde la Edad Media que las casas ofrecen tan poca intimidad personal a sus habitantes, incluso a las familias pequeñas les resulta difícil vivir en interiores tan diáfanos, especialmente si utilizan la gran diversidad de dispositivos para la diversión casera que se han popularizado: televisores, videos, equipo de audio, juegos electrónicos, etcétera. Lo que hace falta son más habitaciones pequeñas —algunas no necesitan ser mayores que nichos— para adaptarse a la gama y la diversidad de actividades de ocio en la casa moderna.

Esto también significa volver a unos muebles que sean adaptables y confortables, no a sillas que constituyan una manifestación artística, sino a sillas en las cuales resulte agradable sentarse. Eso significa tanto ir hacia adelante como hacia atrás: hacia atrás para recuperar el conocimiento que se tenía de la ergonomía en el siglo XVIII y hacia adelante para idear muebles que se puedan adaptar y modificar conforme a las necesidades de las distintas personas. Significa volver a la idea del mueble como un objeto práctico más bien que estético, como algo duradero, en lugar de una novedad pasajera.



¿ESTAS COMODO?



Otra tradición que se debe volver a examinar es la de la comodidad. En muchas partes de la casa se ha perdido el pragmatismo de las primeras ingenieras domésticas por la insistencia en las apariencias visuales. Lo que predomina es la estética, y no la practicidad. La cocina moderna, en la cual todo está escondido en muebles ingeniosamente diseñados, parece estar bien organizada, como una oficina bancaria. Pero una cocina no funciona como una oficina; en todo caso, se parece más a un taller. Los instrumentos deben estar en lugares e los que sean accesibles, cerca de donde se hace el trabajo y no escondidos bajo mesadas o en aparadores muy profundos en los que es difícil alcanzarlos. La necesidad de diferentes alturas para las superficies de trabajo fue algo que se identificó hace ya mucho tiempo, pero las cocinas siguen teniendo mesadas uniformes, de una altura y una anchura normalizadas, todas acabadas en el mismo material. Este orden y esta uniformidad siguen el dictado moderno que exige que no se amontonen cosas y que haya sencillez visual, pero contribuyen muy poco a mejorar la comodidad en el trabajo.

El pequeño cuarto de baño normalizado (cuya distribución no ha cambiado desde el decenio de 1850) parece eficiente, pero está mal adaptado a la casa moderna. La combinación de bañera y ducha es torpe, los grifos no son especialmente confortables ni seguros, ni siquiera fáciles de limpiar. Por razones funcionales e higiénicas, el retrete estaría mejor separado, como en Europa. Cuando las casas contenían muchas más habitaciones, los cuartos de baño podían ser pequeños. Hoy día el cuarto de baño debe ajustarse a actividades que antes se realizaban en vestidores, cuartos de los niños y tocadores (hay hasta lavarropas en los cuartos de baño). En las casas pequeñas es imposible que el cuarto de baño sea el único totalmente privado, y aunque el baño no sea un ritual en Estados Unidos como lo es en el Japón, desde luego es una forma de descanso y, sin embargo, esta actividad se realiza en una habitación que carece tanto de encanto como de comodidad. También la cocina moderna es demasiado pequeña. Los estudios iniciales de la eficiencia en la cocina se centraban en reducir la cantidad de pasos que había que dar durante la preparación de las comidas. Ello ha tenido por resultado la cocina diminuta, supuestamente eficiente —a menudo sin ventanas— en la que hay pocas superficies de trabajo, pero en la que se puede trabajar casi sin moverse. Si esa disposición ha sido alguna vez cómoda, lo cual es discutible, ya ha superado su utilidad. No hay suficiente espacio para el gran número de aparatos —batidoras, mezcladoras, máquinas de hacer pasta y molinillos de café— que necesita el ama de casa obligada a administrar su tiempo.

Desde el siglo XVII, cuando se introdujo la intimidad en la casa, el papel de la mujer en la definición del confort ha sido supremo. Tanto el interior holandés como el salón rococó y la casa sin criados fueron resultados de invenciones de las mujeres. Cabría aducir, sin exagerar demasiado, que la idea de la domesticidad fue principalmente femenina. También la de la eficiencia. Cuando Lillian Gilbreth y Christine Frederick introdujeron en la casa la gestión y la eficiencia, dieron por hecho que el trabajo lo haría una mujer cuya principal ocupación sería cuidar de su familia. Es posible que la economía doméstica fuera más eficiente, pero las tareas domésticas seguían siendo un trabajo a jornada completa: el lugar de la mujer estaba en la casa. El deseo de las mujeres de trabajar fuera de la casa —y no sólo por razones económicas— ha modificado todo eso. Ello no significa que vaya a desaparecer la domesticidad, aunque sí puede significar que la casa dejará de ser "el lugar de la mujer". La escasez de criados a principios del decenio de 1990 provocó un interés por máquinas que ayudarían al ama de casa y reducirían el tedio de las tareas domésticas; la reducción de la presencia de la mujer en la casa exige máquinas que puedan hacer las tareas por sí solas. Casi todos los aparatos domésticos más recientes, como los lavarropas automáticos, las máquinas para hacer cubitos de hielo, los hornos que se limpian solos y las heladeras que no acumulan hielo, tienen por objetivo sustituir operaciones manuales por operaciones mecánicas autorregulables: todas ellas están parcialmente automatizadas. Esta evolución —de herramientas a máquinas autómatas— es característica de todas las tecnologías, no menos en la casa que en el lugar de trabajo. El secador lleva al escurridor manual y después mecánico, al que sustituye el secador automático. La disponibilidad de microchips baratas hace que vaya llegando el día en que entrará en la casa la automatización total en forma de robots domésticos: sirvientes mecánicos.

Un nuevo examen de la tradición burguesa del confort constituye una crítica implícita de la modernidad, pero no es un rechazo del cambio. De hecho, la evolución del confort va a continuar. De momento, esta evolución está dominada por la tecnología, aunque en menor medida que en el pasado. Ello no tiene por qué deshumanizar la casa, igual que no lo hicieron en el pasado las chimeneas eficaces ni la electricidad. ¿Podemos combinar realmente un ambiente acogedor con la presencia de robots? Eso dependerá del éxito que tengamos en cuanto a deshacernos de los entusiasmos superficiales del modernismo y crear una comprensión más honda y más auténtica del confort doméstico.



EL ANGULO CORRECTO

¿Qué es el confort? Quizás esta pregunta se hubiera debido hacer antes, pero es casi seguro que sin un estudio de la larga evolución de este tema complejo y profundo la respuesta habría sido errónea, o por lo menos incompleta. La respuesta más sencilla sería que el confort se refiere únicamente a la fisiología humana: sentirse bien. Eso no tiene nada de misterioso. Pero no explicaría por qué, aunque el cuerpo humano no ha cambiado, nuestra idea de lo que es confortable difiere de la de hace cien años. Y la respuesta tampoco consiste en decir que el confort es la experiencia subjetiva de la satisfacción. Si el confort fuera subjetivo, cabría esperar que hubiera una mayor diversidad de actitudes al respecto; por el contrario, en cualquier época histórica determinada siempre ha existido un consenso demostrable acerca de lo que es confortable y lo que no lo es. Aunque el confort es algo que se experimenta personalmente, cada uno juzga el confort conforme a normas más amplias, lo cual indica que el confort puede ser una experiencia objetiva.

Si el confort es algo objetivo, debería resultar posible medirlo. Eso es más difícil de lo que parece. Resulta más fácil saber cuándo nos sentimos confortables que por qué, ni en qué medida. Sería posible identificar el confort mediante el registro de las reacciones personales de una gran cantidad de gente, pero eso se parecería más a una encuesta de comercialización o de opinión que a un estudio científico; el científico prefiere estudiar las cosas una por una y, especialmente, medirlas. En la práctica, resulta que es mucho más fácil medir la *falta* de confort que el confort. Para establecer una "zona de confort" térmica, por ejemplo, se determina a qué temperatura la mayor parte de la gente siente demasiado frío o demasiado calor, y lo que está a mitad de camino se convierte automáticamente en lo "confortable". O si se está tratando de identificar el ángulo correcto del respaldo de una silla, puede uno someter a la gente a ángulos que sean demasiado agudos o demasiados rectos, y entre los puntos en donde manifiestan incomodidad se encuentra el ángulo "correcto". Se han realizado experimentos parecidos acerca de la intensidad del alumbrado y el ruido, las dimensiones de habitaciones, la dureza y la blandura de los muebles en los que sentarse y acostarse, etcétera. En todos estos casos, la gama de la comodidad se descubre cuando se miden los límites en los que la gente empieza a experimentar incomodidad. Cuando se diseñó el interior del transbordador espacial se creó una réplica de cartón de la carlinga. Se pidió a los astronautas que se movieran por ese modelo a tamaño natural, haciendo como que realizaban sus actividades cotidianas y cada vez que se golpeaban contra una esquina o contra una proyección, un técnico cortaba la pieza molesta. Al final del proceso, cuando ya no quedaban más obstrucciones, se juzgó que la carlinga era "confortable". La definición científica del confort sería algo así como: "El confort es esa condición en la que se ha eliminado el inconfort".

La falacia de la definición científica del confort es que solamente considera los aspectos del confort que son mensurables y, con una arrogancia que no deja de ser característica, niega la existencia del resto: muchos científicos conductistas han concluido que como la gente sólo experimenta la incomodidad, la comodidad como fenómeno físico no existe en realidad en absoluto. No es de sorprender que la intimidad auténtica, que es imposible de medir, no exista en casi ningún ambiente planeado de oficina, la intimidad en la oficina, o en la casa, no es algo desusado a este respecto; hay muchas experiencias complicadas que se resisten a la medición. Por ejemplo, es imposible describir científicamente lo que distingue a un gran vino de otro mediocre, aunque un grupo de expertos enólogos no tendría ninguna dificultad para establecer cuál es cuál. La industria vitivinícola, al igual que los fabricantes de té o de café, sigue recurriendo a pruebas no técnicas —la "nariz" de un gustador experimentado—, en lugar de únicamente a normas objetivas. Quizá sea posible medir un umbral por debajo del cual el vino sabría "mal" —acidez, contenido alcohólico, dulzura, etcétera—, pero nadie sugeriría que bastaría con eliminar esos efectos para producir un buen vino. Una habitación puede producir una sensación inconfortable: puede resultar demasiado luminosa para una conversación íntima, o demasiado oscura para leer, pero el evitar esas irritaciones no produce automáticamente una sensación de bienestar. La monotonía no es lo bastante irritante para molestar, pero tampoco es estimulante. Por otra parte, cuando abrimos una puerta y pensamos "qué habitación más confortable", estamos reaccionando positivamente a algo especial, o más bien a una serie de cosas especiales.

Veamos dos descripciones del confort. La primera es la de un conocido decorador de interiores, Billy Baldwin: "Para mí, el confort es una habitación que funciona para uno y para sus invitados, es unos muebles bien cómodos. Es tener una mesa a mano para dejar una copa o un libro. También es saber que si alguien acerca una silla para charlar, toda la habitación no se deshace. Estoy harto de los decorados artificiosos". La segunda es la de un arquitecto, Christopher Alexander: "Imagínese usted una tarde de invierno con una tetera, un libro, una lámpara de lectura y dos o tres almohadones enormes en los que recostarse. Ahora póngase cómodo. No para mostrárselo a otros y decirles qué a gusto está. Quiero decir que *de verdad* le guste, que le guste a *usted*. Deja el té a mano, pero en un sitio en donde no se vaya a caer. Baja usted la lámpara para que la luz caiga en el libro, pero no demasiado, y de forma que no pueda usted ver la bombilla. Se pone los almohadones detrás y los coloca cuidadosamente, uno por uno, exactamente donde los quiera tener, para apoyar la espalda, el cuello, el brazo: de forma que está usted apoyado confortablemente, exactamente en la forma que usted desea tomar el té, leer y soñar". La descripción de Baldwin era resultado de sesenta años de decorar casas a la moda; la de Alexander se basaba en la observación de gente corriente y lugares corrientes. Pero ambos parecen haber coincidido en la representación de un clima doméstico que es reconocible instantáneamente por sus cualidades humanas corrientes.

Esas cualidades son algo que la ciencia no ha logrado dominar, aunque al lego le basta con una foto o con una descripción escrita. "El confort no es más que una invención verbal", escribe desesperado un ingeniero. Naturalmente, el confort es precisamente eso. Es una invención: un artificio cultural. Al igual que todas las ideas culturales —infancia, familia, sexo— tiene un pasado y no se puede comprender sin referencia a su historia específica. Las definiciones técnicas unidimensionales del confort, que hacen caso omiso de la historia, tienen por fuerza que ser insatisfactorias. En cambio, ¡qué ricas son, en comparación, las descripciones del confort que hacen Baldwin y Alexander! Incluyen la comodidad (una mesa a mano), la eficiencia (una fuente modulada de luz), la domesticidad (una taza de té), la comodidad física (sillas hondas y almohadones) y la intimidad (leer un libro, charlar). La intimidad figura mucho en esas descripciones. Todas esas características sumadas contribuyen al clima de calma interior que es parte del confort.

Ese es el problema de comprender el confort y de encontrar una definición sencilla. Es como tratar de describir una cebolla. Por fuera parece sencilla, simplemente una forma esferoidal. Pero eso es engañoso, pues una cebolla también tiene muchas capas. Si la cortamos, nos quedamos con un montón de peladuras de cebolla, pero ha desaparecido la forma inicial; si describimos cada capa por separado, perdemos de vista el todo. Para complicar las cosas, las capas son transparentes, de forma que cuando miramos una cebolla entera, no sólo vemos la superficie, sino también parte del interior. Análogamente, el confort es al mismo tiempo algo sencillo y complicado. Incorpora muchas capas transparentes de significado —intimidad, comodidad, tranquilidad—, algunas más hondas que otras.

El símil de la cebolla no sólo sugiere que el confort tiene varias capas de significado, sino también que la idea del confort ha ido evolucionando históricamente. Es una idea que ha significado cosas diferentes en diferentes momentos. En el siglo XVII el confort significaba lo privado, lo cual llevaba a la intimidad y, a su vez, a la domesticidad. El siglo XVII atribuyó más importancia al ocio y la comodidad, el XIX a elementos en los que intervenía lo mecánico: luz, calor y ventilación. Las ingenieras domésticas del siglo XX subrayaron la eficiencia y la comodidad. En diversos momentos, y en respuesta a vanas fuerzas externas —sociales, económicas y tecnológicas— la idea del confort ha cambiado, a veces drásticamente. Esos cambios no tenían nada de preordenado ni de inevitable. Si los Países Bajos del siglo XVII hubieran sido menos igualitarios y las mujeres menos independientes, la domesticidad habría llegado más tarde de lo que lo hizo. Si la Inglaterra del siglo XVII hubiera sido aristocrática en lugar de burguesa, el confort habría tomado un giro diferente.

Pero lo que resulta llamativo es que la idea del confort, al mismo tiempo que ha cambiado, ha conservado casi todos sus significados anteriores. La evolución del confort no puede confundirse con la evolución de la tecnología. Por lo general —no siempre— los nuevos artilugios técnicos dejaron anticuados a los antiguos. La lámpara eléctrica sustituyó a la de gas, que sustituyó a la de aceite, que sustituyó a las velas, etcétera. Pero las ideas nuevas de cómo lograr el confort no desplazaron a los conceptos fundamentales del bienestar doméstico. Cada nuevo significado añadía una capa a los anteriores, que se conservaban debajo. En cualquier momento determinado, el confort consiste en *todas* las capas, y no sólo las más recientes.

O sea, que ahí tienen ustedes la Teoría de la Cebolla del Confort, que no es precisamente una definición, pero quizá no haga falta una explicación más precisa. Quizá baste con comprender que el confort doméstico implica toda una gama de atributos —comodidad, eficiencia, ocio, calma, placer, domesticidad, intimidad—, todos los cuales contribuyen a la experiencia; el resto lo hará el sentido común. La mayoría de la gente —"quizá no sepa por qué me gusta, pero sé que me gusta"— reconoce el confort cuando lo experimenta. Ese reconocimiento comporta una combinación de sensaciones —muchas de ellas subconscientes— y no sólo físicas, sino también emocionales e intelectuales, lo cual hace que el confort sea difícil de explicar e imposible de medir. Pero no hace que sea menos real. No aceptaríamos las definiciones insuficientes que nos han ofrecido los ingenieros y los arquitectos. El bienestar doméstico es algo demasiado importante para dejárselo a los expertos; es, igual que ha sido siempre, asunto de la familia y de la persona. Hemos de redescubrir por nosotros mismos el misterio del confort, pues sin él nuestras residencias serán de verdad máquinas y no casas.

Extractado de La casa. Historia de una idea, *recientemente editado por Emecé.*

DESAS

seguro que sin un estudio de la larga evolución de este tema complejo y profundo la respuesta habría sido errónea, o por lo menos incompleta. La respuesta más sencilla sería que el confort se refiere únicamente a la fisiología humana: sentirse bien. Eso no tiene nada de misterioso. Pero no explicaría por qué, aunque el cuerpo humano no ha cambiado, nuestra idea de lo que es confortable difiere de la de hace cien años. Y la respuesta tampoco consiste en decir que el confort es la experiencia subjetiva de la satisfacción. Si el confort fuera subjetivo, cabría esperar que hubiera una mayor diversidad de actitudes al respecto; por el contrario, en cualquier época histórica determinada siempre ha existido un consenso demostrable acerca de lo que es confortable y lo que no lo es. Aunque el confort es algo que se experimenta personalmente, cada uno juzga el confort conforme a normas más amplias, lo cual indica que el confort puede ser una experiencia objetiva.

Si el confort es algo objetivo, debería resultar posible medirlo. Eso es más difícil de lo que parece. Resulta más fácil saber cuándo nos sentimos confortables que por qué, ni en qué medida. Sería posible identificar el confort mediante el registro de las reacciones personales de una gran cantidad de gente, pero eso se parecería más a una encuesta de comercialización o de opinión que a un estudio científico; el científico prefiere estudiar las cosas una por una y, especialmente, medirlas. En la práctica, resulta que es mucho más fácil medir la *falta* de confort que el confort. Para establecer una "zona de confort" térmica, por ejemplo, se determina a qué temperatura la mayor parte de la gente siente demasiado frío o demasiado calor, y lo que está a mitad de camino se convierte automáticamente en lo "confortable". O si se está tratando de identificar el ángulo correcto del respaldo de una silla, puede uno someter a la gente a ángulos que sean demasiado agudos o demasiados rectos, y entre los puntos en donde manifiestan incomodidad se encuentra el ángulo "correcto". Se han realizado experimentos parecidos acerca de la intensidad del alumbrado y el ruido, las dimensiones de habitaciones, la dureza y la blandura de los muebles en los que sentarse y acostarse, etcétera. En todos estos casos, la gama de la comodidad se descubre cuando se miden los límites en los que la gente empieza a experimentar incomodidad. Cuando se diseñó el interior del transbordador espacial se creó una réplica de cartón de la carlinga. Se pidió a los astronautas que se movieran por ese modelo a tamaño natural, haciendo como que realizaban sus actividades cotidianas y cada vez que se golpeaban contra una esquina o contra una proyección, un técnico cortaba la pieza molesta. Al final del proceso, cuando ya no quedaban más obstrucciones, se juzgó que la carlinga era "confortable". La definición científica del confort sería algo así como: "El confort es esa condición en la que se ha eliminado el inconfort".

La falacia de la definición científica del confort es que solamente considera los aspectos del confort que son mensurables y, con una arrogancia que no deja de ser característica, niega la existencia del resto: muchos científicos conductistas han concluido que como la gente sólo experimenta la incomodidad, la comodidad como fenómeno físico no existe en realidad en absoluto. No es de sorprender que la intimidad auténtica, que es imposible de medir, no exista en casi ningún ambiente planeado de oficina, la intimidad en la oficina, o en la casa, no es algo desusado a este respecto; hay muchas experiencias complicadas que se resisten a la medición. Por ejemplo, es imposible describir científicamente lo que distingue a un gran vino de otro mediocre, aunque un grupo de expertos enólogos no tendría ninguna dificultad para establecer cuál es cuál. La industria vitivinícola, al igual que los fabricantes de té o de café, sigue recurriendo a pruebas no técnicas —la "nariz" de un gustador experimentado—, en lugar de únicamente a normas objetivas. Quizá sea posible medir un umbral por debajo del cual el vino sabría "mal" —acidez, contenido alcohólico, dulzura, etcétera—, pero nadie sugeriría que bastaría con eliminar esos efectos para producir un buen vino. Una habitación puede producir una sensación inconfortable: puede resultar demasiado luminosa para una conversación íntima, o demasiado oscura para leer, pero el evitar esas irritaciones no produce automáticamente una sensación de bienestar. La monotonía no es lo bastante irritante para molestar, pero tampoco es estimulante. Por otra parte, cuando abrimos una puerta y pensamos "qué habitación más confortable", estamos reaccionando positivamente a algo especial, o más bien a una serie de cosas especiales.



Veamos dos descripciones del confort. La primera es la de un conocido decorador de interiores, Billy Baldwin: "Para mí, el confort es una habitación que funciona para uno y para sus invitados, es unos muebles bien cómodos. Es tener una mesa a mano para dejar una copa o un libro. También es saber que si alguien acerca una silla para charlar, toda la habitación no se deshace. Estoy harto de los decorados artificiosos". La segunda es la de un arquitecto, Christopher Alexander: "Imagínese usted una tarde de invierno con una tetera, un libro, una lámpara de lectura y dos o tres almohadones enormes en los que recostarse. Ahora póngase cómodo. No para mostrárselo a otros y decirles qué a gusto está. Quiero decir que *de verdad* le guste, que le guste a *usted*. Deja el té a mano, pero en un sitio en donde no se vaya a caer. Baja usted la lámpara para que la luz caiga en el libro, pero no demasiado, y de forma que no pueda usted ver la bombilla. Se pone los almohadones detrás y los coloca cuidadosamente, uno por uno, exactamente donde los quiera tener, para apoyar la espalda, el cuello, el brazo: de forma que está usted apoyado confortablemente, exactamente en la forma que usted desea tomar el té, leer y soñar". La descripción de Baldwin era resultado de sesenta años de decorar casas a la moda; la de Alexander se basaba en la observación de gente corriente y lugares corrientes. Pero ambos parecen haber coincidido en la representación de un clima doméstico que es reconocible instantáneamente por sus cualidades humanas corrientes.

Esas cualidades son algo que la ciencia no ha logrado dominar, aunque al lego le basta con una foto o con una descripción escrita. "El confort no es más que una invención verbal", escribe desesperado un ingeniero. Naturalmente, el confort es precisamente eso. Es una invención: un artificio cultural. Al igual que todas las ideas culturales —infancia, familia, sexo— tiene un pasado y no se puede comprender sin referencia a su historia específica. Las definiciones técnicas unidimensionales del confort, que hacen caso omiso de la historia, tienen por fuerza que ser insatisfactorias. En cambio, ¡qué ricas son, en comparación, las descripciones del confort que hacen Baldwin y Alexander! Incluyen la comodidad (una mesa a mano), la eficiencia (una fuente modulada de luz), la domesticidad (una taza de té), la comodidad física (sillas hondas y almohadones) y la intimidad (leer un libro, charlar). La intimidad figura mucho en esas descripciones. Todas esas características sumadas contribuyen al clima de calma interior que es parte del confort.

Ese es el problema de comprender el confort y de encontrar una definición sencilla. Es como tratar de describir una cebolla. Por fuera parece sencilla, simplemente una forma esferoidal. Pero eso es engañoso, pues una cebolla también tiene muchas capas. Si la cortamos, nos quedamos con un montón de peladuras de cebolla, pero ha desaparecido la forma inicial; si describimos cada capa por separado, perdemos de vista el todo. Para complicar las cosas, las capas son transparentes, de forma que cuando miramos una cebolla entera, no sólo vemos la superficie, sino también parte del interior. Análogamente, el confort es al mismo tiempo algo sencillo y complicado. Incorpora muchas capas transparentes de significado —intimidad, comodidad, tranquilidad—, algunas más hondas que otras.

El símil de la cebolla no sólo sugiere que el confort tiene varias capas de significado, sino también que la idea del confort ha ido evolucionando históricamente. Es una idea que ha significado cosas diferentes en diferentes momentos. En el siglo XVII el confort significaba lo privado, lo cual llevaba a la intimidad y, a su vez, a la domesticidad. El siglo XVII atribuyó más importancia al ocio y la comodidad, el XIX a elementos en los que intervenía lo mecánico: luz, calor y ventilación. Las ingenieras domésticas del siglo XX subrayaron la eficiencia y la comodidad. En diversos momentos, y en respuesta a vanas fuerzas externas —sociales, económicas y tecnológicas— la idea del confort ha cambiado, a veces drásticamente. Esos cambios no tenían nada de preordenado ni de inevitable. Si los Países Bajos del siglo XVII hubieran sido menos igualitarios y las mujeres menos independientes, la domesticidad habría llegado más tarde de lo que lo hizo. Si la Inglaterra del siglo XVII hubiera sido aristocrática en lugar de burguesa, el confort habría tomado un giro diferente.

Pero lo que resulta llamativo es que la idea del confort, al mismo tiempo que ha cambiado, ha conservado casi todos sus significados anteriores. La evolución del confort no puede confundirse con la evolución de la tecnología. Por lo general —no siempre— los nuevos artilugios técnicos dejaron anticuados a los antiguos. La lámpara eléctrica sustituyó a la de gas, que sustituyó a la de aceite, que sustituyó a las velas, etcétera. Pero las ideas nuevas de cómo lograr el confort no desplazaron a los conceptos fundamentales del bienestar doméstico. Cada nuevo significado añadía una capa a los anteriores, que se conservaban debajo. En cualquier momento determinado, el confort consiste en *todas* las capas, y no sólo las más recientes.

O sea, que ahí tienen ustedes la Teoría de la Cebolla del Confort, que no es precisamente una definición, pero quizá no haga falta una explicación más precisa. Quizá baste con comprender que el confort doméstico implica toda una gama de atributos —comodidad, eficiencia, ocio, calma, placer, domesticidad, intimidad—, todos los cuales contribuyen a la experiencia; el resto lo hará el sentido común. La mayoría de la gente —"quizá no sepa por qué me gusta, pero sé que me gusta"— reconoce el confort cuando lo experimenta. Ese reconocimiento comporta una combinación de sensaciones —muchas de ellas subconscientes— y no sólo físicas, sino también emocionales e intelectuales, lo cual hace que el confort sea difícil de explicar e imposible de medir. Pero no hace que sea menos real. No aceptaríamos las definiciones insuficientes que nos han ofrecido los ingenieros y los arquitectos. El bienestar doméstico es algo demasiado importante para dejárselo a los expertos; es, igual que ha sido siempre, asunto de la familia y de la persona. Hemos de redescubrir por nosotros mismos el misterio del confort, pues sin él nuestras residencias serán de verdad máquinas y no casas.

Extractado de La casa. Historia de una idea, *recientemente editado por Emecé.*

Soñando en Tel Aviv

MISIL INCONSCIENTE

Por Daniella Ashkenazy/Jerusalem Dateline

Tel Aviv y Haifa fueron los principales objetivos de los misiles iraquíes durante la guerra del Golfo. Cuando los misiles empezaron a caer, el Laboratorio para la Investigación del Sueño del Tejnión, que fundó en 1974 un psicólogo, el profesor Peretz Lavie, supervisó las ondas cerebrales, los latidos del corazón, la respiración y los parpadeos de unos voluntarios.

Aunque en muchas partes del mundo se llevan a cabo investigaciones sobre el sueño, una circunstancia tan fuera de lo corriente ofrecía a los científicos que se ocupan de investigar la conducta humana una oportunidad nada común: comparar la conducta durante un sueño en situación de estrés en circunstancias reales —no creadas artificialmente— y en condiciones de laboratorio.

En las dos ocasiones en que cayeron misiles en plena noche, hacia las dos de la mañana, había doce voluntarios en observación, cuatro en el laboratorio del Tejnión de Haifa y ocho en el laboratorio de Tel Aviv. Otros 30 adultos y 70 niños estaban siendo supervisados en sus casas por medio de monitores actigráficos que llevaban en la muñeca.

Durante la guerra, los medios de comunicación estaban saturados de informes exagerados según los cuales nadie podía dormir por la noche como es debido. Pero la evidencia objetiva no corroboró esa afirmación. Mientras que en circunstancias normales entre un 15 y un 18 por ciento de la población sufre de trastornos en el sueño, durante los primeros días de la guerra un estudio del Instituto Israelí de Estudios Militares (IIEM) mostró que un 43 por ciento de la población declaró sufrir de insomnio. Tres semanas después, una encuesta del Laboratorio para la Investigación del Sueño del Tejnión mostró que el número había descendido a un 20 por ciento en todo el país. En las áreas urbanas más vulnerables también se registraba un descenso significativo de perturbaciones en el sueño, aunque los porcentajes de los que sufrían de insomnio en estas zonas eran, por supuesto, mucho más altos que el promedio nacional. "Los datos indican que el público en general entró rápidamente en un proceso de adaptación a dormir en situación de estrés", dice el profesor Lavie.

Las gráficas computadorizadas del sueño de los adultos que estaban en el laboratorio y las de los supervisados en sus casas muestran los mismos modelos de sueño normal tanto en las noches tranquilas cuando no hubo ataques aéreos como en las noches interrumpidas por ataques de misiles o al principio de la noche o de madrugada. Lo que es más, los voluntarios del laboratorio que se despertaron con las sirenas volvieron a dormir tranquilamente y sin perturbaciones entre 12 y 15 minutos después del cese de la alarma. No se les registraron perturbaciones en el sueño.

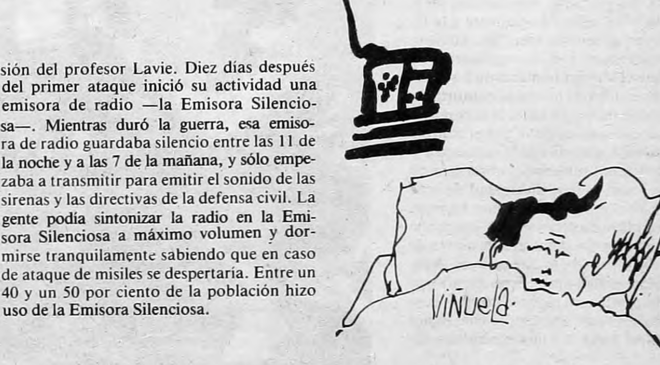
El lanzamiento de misiles por parte de los iraquíes no se atuvo a un horario establecido aunque todos los ataques menos uno tuvieron lugar después de caer la noche; la mayoría fueron en las primeras horas de la noche y dos en plena noche. El laboratorio comprobó que cuando los misiles cayeron al principio de la noche, los voluntarios durmieron con más tranquilidad que en las noches en que no se produjo ningún ataque. Al parecer, una vez que caían los misiles, los implicados "asumían" que el resto de la noche sería tranquilo —aunque a veces no fuera así— mientras que en las noches tranquilas, la prevención de que pudiera haber un ataque seguía en pie.

El profesor Lavie cree que la gente adopta lo que él llama "un sueño a la manera de los delfines". Las investigaciones demuestran que los delfines duermen con un hemisferio del cerebro despierto supervisando la respiración, mientras que la otra mitad duerme; cada 90 minutos, aproximadamente, los dos hemisferios intercambian su estado activo y pasivo respectivamente. Si los dos hemisferios se durmieran, el delfín se ahogaría.

"La mayoría de la gente se adaptó a dormir en unos pocos días *como si* un hemisferio de su cerebro estuviera pendiente de la sirena mientras que la otra mitad dormía", explicó.

La mayoría de los sueños que los voluntarios que estuvieron en observación durante la guerra manifestaron haber tenido incluían ansiedad por una posible "pérdida de control" —encontrarse en la ducha cuando sonaran las sirenas o no despertarse—. El estudio del IIEM indicó que el hecho de tener un equipo de protección personal tenía un efecto calmante. De hecho, su pérdida se convirtió en motivo de ansiedad, porque el sueño más común relacionado con la guerra en esos días consistía en perder la máscara antigás.

Una ayuda mecánica innovadora y muy efectiva para reducir el nivel de ansiedad en lo posible se puso en marcha gracias a la presión del profesor Lavie. Diez días después del primer ataque inició su actividad una emisora de radio —la Emisora Silenciosa—. Mientras duró la guerra, esa emisora de radio guardaba silencio entre las 11 de la noche y a las 7 de la mañana, y sólo empezaba a transmitir para emitir el sonido de las sirenas y las directivas de la defensa civil. La gente podía sintonizar la radio en la Emisora Silenciosa a máximo volumen y dormirse tranquilamente sabiendo que en caso de ataque de misiles se despertaría. Entre un 40 y un 50 por ciento de la población hizo uso de la Emisora Silenciosa.



MAS ALLA DEL CD

Por Enrique Garabetyan

En el principio fue el pesado long play de pasta que giraba a 78 RPM. Muchos años después vinieron las cintas abiertas, los casetes, el autoestero, los walkman y por último —allá por el lejano 1982— apareció el compact disc. Cualquier audiófilo podría creer que ya existen suficientes chiches, pero las grandes empresas fabricantes de productos electrónicos no están de acuerdo. Es por eso que los ingenieros de investigación de la Sony están dándole los últimos toques al Mini-Disc (MD), con la intención de presentarlo en sociedad a fines de 1982.

El objetivo declarado del MD es oficiar de recambio a los compact. Sus ventajas son evidentes: tiene el tamaño similar al de un paquete de cigarrillos —con la consiguiente reducción de peso— y ofrece casi la misma fidelidad. Y una diferencia definitiva. No sólo reproduce, también es capaz de grabar discos vírgenes. Los expertos en marketing de la Sony calculan el precio de un aparato MD en 400 dólares y prometen que los minidisc se ofrecerán en las bateas a 16 o 18 dólares.

Los futuros disquitos son capaces de almacenar hasta 75 minutos de buena música en sólo la mitad de la superficie de los actuales CD. El truco para lograr este fenómeno de espacio está en suprimir una buena cantidad de frecuencias que el oído humano no puede percibir. Además —aseguran los expertos de la Sony— serán los preferidos de los amantes del jogging y el ciclismo, porque el lector del MD va tres segundos adelantado al sonido que sale por los auriculares. Así, si por alguna vibración exterior del equipo el láser se salta un compás de música, la púa de luz automáticamente vuelve atrás y lee lo faltante. Conclusión: el usuario escucha el tema sin molestas alteraciones.

Pero mientras Japón prepara su próximo desembarco de Hi Fi, en Europa se alistan para resistir. La Philips, creadora de los prácticos, nobles e inigualables casetes en 1963, está lustrando los detalles finales del Casete Compacto Digital (DCC en inglés). Lo que hizo en concreto es aplicar nuevas tecnologías dentro del viejo formato del tape casero. La prioridad de la empresa era lograr absoluta compatibilidad entre los novedosos aparatos reproductores de DCC y los tradicionales casetes con grabaciones analógas. La idea que guiaba a los holandeses hacía hincapié en el hecho de que a sus futuros consumidores no les haría ninguna gracia tener que optar entre tener dos reproductores distintos o decirle adiós a la venerable caseteca. En resumen, los nuevos aparatos reproductores de DCC permiten escuchar perfectamente los antiguos casetes (aunque no es posible pasar una cinta DCC en un deck común y corriente).

El compacto digital ofrece una calidad de sonido casi tan alta como la de un compact disc, y —obviamente— tiene la misma forma y tamaño que las cintas comunes. Los costos marcan que el precio de cada una rondará los 12 dólares, mientras que el aparato reproductor llegará a los 400 verdes.

Estas dos nuevas ofertas vienen pisándole los talones al DAT (Digital Audio Tape), que la misma Sony sacó al mercado en 1990. Pero el DAT no logró —ni de lejos— distraer a los compradores del compact disc, que sigue siendo la estrella de ventas de las compañías grabadoras.

La tendencia es clara: en los estantes de los negocios habrá cada vez más opciones para escuchar música. La duda es si los consumidores decidirán gastar sus ahorros en los nuevos chiches.

Opinión

Por Laura Rozenberg

Hay congresos y congresos

Los periodistas acreditados al Congreo Internacional de Psicoanálisis regresaron a sus medios con las manos vacías. Por el contrario, los que participaron en la Asamblea Internacional de Astrónomos trabajaron bien y sin trabas. ¿Una cuestión de suerte, de buena estrella para estos últimos?

La IPA avisó inmutable: reuniones a puertas cerradas para todas y cada una de sus sesiones, punto. Y a no chistar. ¿Acaso los pitagóricos griegos no formaban sociedades secretas? ¿Y quién se hubiese atrevido a embromar a los alquimistas del Medioevo? Gran alcahuete Cardano, Gerónimo Cardano del siglo XVI, que osó vociferar a los cuatro vientos el método para resolver las ecuaciones de tercer grado.

Hoy, ningún descubrimiento se considera científico si se mantiene en secreto. La ciencia no es el producto de gente aislada, sino de la comunidad toda. El pueblo debe saber. Y el periodismo, en su espacio, mediatiza la comunicación.

Cuentan las crónicas del 1600 que mucho de lo que pensaba Newton se hubiese perdido sin vueltas de no haber sido por Henry Oltentourg, que le publicaba los divagues en un periódico inglés. Lo que importa aquí es que Newton no se negó a dialogar con Oltentourg.

Los antepasados de los congresos fueron las academias, surgidas en Francia e Inglaterra en respuesta al tratamiento rígido que las universidades, dirigidas por la Iglesia, daban a ciertos problemas. El crecimiento académico dio origen a los congresos, y así empezaron éstos a desenvolverse, con sus correspondientes viajes, confrontaciones de poder y la vida novelada de sus trastiendas. Los congresos no son burbujas en el espacio: existen aquí y ahora, en función de un marco histórico y social. De ahí el interés que despiertan.

Hace dos semanas el Congreso de Psicoanálisis cerró las puertas de la comunicación. Ni siquiera admitió periodistas de doble rango —que los hay—: psicólogos, médicos o sociólogos.

Lo opuesto sucedió a veinte cuadras del Sheraton: muchos de los 1300 astrónomos reunidos en la Asamblea Internacional, en el San Martín, estuvieron dispuestos a comentar sus hipótesis y controversias. Con paciencia, con sonrisas y con papel y lápiz si fue necesario. "Los primeros responsables de que las cosas salgan bien somos nosotros, porque tenemos la obligación de explicar con claridad", dijo el secretario de la Unión Astronómica Internacional.

Divulgación hacia afuera, a través de los medios. Y divulgación hacia adentro, entre los propios participantes: durante diez días hubo un diario con novedades y comentarios para el ambiente astronómico pero a la vez útil para el periodismo presente en la cobertura. Un astrónomo memorioso enumeró sus viajes según tres cronologías paralelas: por ciudades, por platos típicos y por los avances anunciados en cada congreso. El último listado resultó una verdadera síntesis de la historia de la astronomía en el siglo XX.

Del mismo modo, hubo espacio para los estudiantes: el comité organizador convocó a un centenar, de las carreras de Exactas, que se integraron a las actividades trabajando como voluntarios.

Más que buenas estrellas, en el congreso de astronomía hubo conciencia por parte de los organizadores y los participantes del deber de comunicar a toda la sociedad.